

Las voces del ciclismo

Wbeimar Muñoz Ceballos

Cuatro acontecimientos de la vida nacional nos dan una idea de la importancia, desde el punto de vista sociológico, que ha tenido el deporte en Colombia en momentos difíciles de nuestra historia:

En 1948 el gobierno patrocinó el comienzo del torneo profesional de fútbol como una panacea para el dolor de miles de compatriotas, víctimas de la violencia partidista que originó el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán. Las grandes estrellas del balompié suramericano, como Diestéfano, Cozzi y Pedernera, iluminaron entonces nuestros estadios.

En 1950, ocurrió algo similar con el desarrollo de la primera Vuelta a Colombia, en bicicleta. En la mañana la muchedumbre salía a las calles de ciudades y pueblos a aplaudir a los héroes deportivos de entonces. En las noches regresaba temerosa al hogar, con la espera incierta de evitar las balas de la chusma y de los chulavitas.

En 1974, a raíz del discutido y dudoso escrutinio en las elecciones presidenciales que llevaron al poder a Misael Pastrana Borrero, en desmedro de Gustavo Rojas Pinilla, el entonces mandatario de Colombia, Carlos Lleras Restrepo, no solo nos hizo acostar temprano con un toque de queda, anunciado quince minutos antes de entrar en vigencia, sino que también le dio un orden terminante al general Marcos Arámbula Durán (en aquel entonces presidente de la Federación Colombiana de Ciclismo) para que al día siguiente, y bajo una fuerte vigilancia militar en todas las carreteras, diera comienzo a la Vuelta a Colombia, que había sido postergada.

En la década de los 90, en pleno apogeo del terrorismo implantado por Pablo Escobar, es-

pecialmente en la ciudad de Medellín, fueron cientos los blancos humanos de las bombas. La juventud en las comunas se encerraba muy temprano en casa, eludiendo los explosivos y las balas que multiplicaban cada día los sicarios del capo del narcotráfico. Fue en esos años cuando el Atanasio Girardot se transformó en un punto de encuentro y en un templo también. En cada partido de Medellín y Nacional se vendía todo el aforo y más de cincuenta mil feligreses, con el fútbol como estandarte, pudieron abrazarse de nuevo en cada jornada, recibiendo la comunión de los goles y, sobre todo, sintiéndose seguros en ese altar de refugio y esperanzas.

Escrito de otra manera, cuando el país ha estado a un paso del abismo, el deporte ha servido como mano amiga para evitar su caída vertical. Ha sido, ni más ni menos, el famoso “pan y circo” de las civilizaciones de la antigüedad.

La radio primero, y la televisión después, ejercieron desde el siglo pasado el papel de canales comunicantes de la actividad muscular y multiplicadoras de la afición en los cuatro puntos cardinales de Colombia. La radio fue la pionera de esta difusión en los años cincuenta, gracias a la inventiva de dos ingenieros: Enrique Ramírez y Mario Frick, este último un migrante polaco de la Segunda Guerra Mundial. Don Enrique ideó la manera para que Carlos Arturo Rueda, el padre de la locución deportiva, subiera a los postes de energía y telegrafía y desde allí emitiera sus narraciones a todo el país. Lo descrito, no obstante, no correspondía exactamente con la realidad, porque Carlos Arturo inventaba escapadas inexistentes de ciclistas, duelos de ídolos regionales que no se produjeron y, solo cuando se adelantaba a la

meta de llegada, se ajustaba a lo ocurrido en el último embalaje.

Para la segunda Vuelta a Colombia, don Enrique hizo equipar los transmóviles de RCN con transmisores Single Side Band (S.S.B.), que eran aparatos de un tamaño descomunal y emitían la señal en altas frecuencias (bandas de cuarenta y nueve metros por ejemplo) y ya los relatores estaban al lado de la caravana. Era emocionante escucharlos en su descripción de los pedaleos y de los paisajes de nuestra geografía. A los receptores de radio llegaba una señal, a veces inaudible, con sonidos de “grillos” y frases que se entrecortaban debido a lo difícil de nuestra topografía, en un país con tres cordilleras.

El sonido pasó casi a la perfección con el aporte de Mario Frick en Caracol, a mediados de los años sesenta. Se hizo el tránsito del sistema S.S.B., a la frecuencia modulada y a equipos más pequeños y funcionales. Cada vehículo fue provisto de una pequeña antena parabólica que era efectiva solamente con la ubicación de antenas repetidoras, en los cerros más altos del país. Una verdadera hazaña, si tenemos en cuenta que a esas cumbres muchas veces no podían llegar los vehículos que las transportaban y entonces se recurría a mulas, que cumplían el cometido. Época hermosa en el historial de nuestra radiodifusión, que no vivimos, pero de la que hemos recogido testimonios de alta credibilidad. Es mención obligatoria la de los cientos de ingenieros, sonidistas, conductores y auxiliares que completan ese equipo humano, indispensable en toda competencia del pedal. Su enumeración sería interminable.

Las voces del ciclismo pasaron a ser parte de los hogares, primero, y de los transistores después, y quedaron grabadas en la mente y los corazones de la actual tropa del recuerdo: Carlos Arturo Rueda, Julio Arrastía Bricca, Jaime Tobón de la Roche, Alberto Piedrahíta Pacheco, Mario Garcés López, Álvaro Muñoz Cuéllar, Pastor Londoño Pasos, Gabriel Muñoz López, Darío



“El ciclista, el carro, la carretera y la vegetación. Elementos que se unen para este momento, para esta foto”, Gil Ochoa, H. (2002), *La bicicleta, mi cámara y yo*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia / Biblioteca Pública Piloto de Medellín, p. 62.

Álvarez Rodríguez, Luis Fernando Barros, Antonio Fernández Atencio, Miguel Zapata Restrepo, Alberto Iragorri, Mike Forero Nogués, Eucario Bermúdez y Humberto Jaimes, entre otros. En las décadas recientes, compañeros nuestros como Armando Moncada, Jorge Eliécer Campuzano, Rubén Darío Arcila, Fernando Calle, Édgar Perea Arias, Oscar Restrepo Pérez, Alberto Martínez Práder, Carlos Julio Guzmán, Alfredo Castro, Róger Araújo, Rafael Araújo Gámez, Lucho Escobar, Rodrigo Vásquez, César Augusto Tobón, Tato Sanín, Héctor Urrego, Juan Manuel González y algunos más (a estos últimos presentamos disculpas por una omisión que es absolutamente involuntaria) recibieron la posta de manos de los primeros y han conservado viva la llama que enciende el corazón de millones de colombianos.

Mientras los ríos vayan al mar y haya estrellas en el cielo, nuestras almas estarán agradecidas con ese ejército victorioso de las narraciones deportivas.

Wbeimar Muñoz Ceballos (Sevilla, Valle del Cauca). Locutor y comentarista deportivo de amplia trayectoria y reconocimiento en el país. Su programa “Wbeimar lo dice” ha estado al aire durante treinta y ocho años, de manera ininterrumpida. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.